



CUANDO HACE TREINTA Y DOS AÑOS LLEGUÉ A LA ZANJA, lejos estaba de imaginar que un día sentiría de nuevo la sensación de repulsa que me invadió entonces al presentarme ante el comandante de la guarnición. Yo acababa de recibir mi despacho de alférez y, apenas un adolescente, me costaba concebir razón alguna susceptible de exculpar el desaliño manifiesto en aquel oficial del Imperio. Sin afeitarse y en mangas de una camisa desteñida, se sentaba tras una mesa donde la ausencia de cualquier papel hacía destacar el polvo, las marcas de los vasos y las quemaduras del tabaco.

–Estará usted cansado –me dijo a modo de saludo, mientras, con un parpadeo, trataba de espantar las moscas que, por alguna extraña querencia, se obstinaban en posarse sobre su ceja izquierda.

Tras dos meses de viaje bajo el sol devastador de la estepa, se me antojó ridículo negar mi fatiga. Pero el mismo prurito de marcialidad que me había llevado a abotonarme escrupulosamente la guerrera antes de apartar la deshilachada esterilla que fungía de puerta

de la Comandancia me dio fuerzas para arbitrar un compromiso:

–No demasiado, señor –respondí, en rigurosa posición de firme.

El comandante se limitó a esbozar una media sonrisa y, tras una pausa en la que pareció dudar entre si abrir o no un cajón de su escritorio, espetó de repente y sin mirarme siquiera a los ojos:

–Bien. Dígale al cabo que le conduzca a su alojamiento.

¿Había pecado de arrogancia con mi respuesta? ¿O, simplemente, exhausto tras el largo viaje, exageraba la importancia de su extemporánea reacción?

AHORA EL COMANDANTE SOY YO, y ante mí tengo a un joven subteniente que hace esfuerzos por disimular la deplorable impresión que le produce el desaliño de mi barba y la suciedad de mi camisa.

–Estará usted cansado –le digo, desde el otro lado de una mesa en la que la ausencia de papeles hace más evidente el polvo, las marcas de los vasos y las quemaduras del tabaco.

Vacila un instante, pero tampoco él se traiciona.

–No demasiado, señor –responde, en rigurosa posición de firme.

Supongo que dejo escapar media sonrisa y dudo un instante si invitarle o no a que comparta conmigo

una copa de aguardiente, pero enseguida me violenta una subrepticia sensación de desavenencia conmigo mismo.

—Bien —le digo secamente y sin mirarle siquiera a los ojos—. Busque a algún cabo que le ayude a instalarse.

¿Habrá pensado que estoy loco? ¿O, simplemente, treinta y dos años en la incivilidad de La Zanja me han deshabituado a la conversación y les atribuyo a mis gestos y palabras un significado que acaso sólo yo percibo?

MI «ALOJAMIENTO» ERA UN CHOZO DE PAREDES DE ADOBE Y TEJADO DE LATA, separado de la chabola de la Comandancia por una especie de almacén en estado semi-ruinoso, y amueblado escuetamente con un catre de campaña y un par de cajas vacías de munición, convertidas en improvisados arcones, donde aún quedaba, olvidada o abandonada, alguna ropa de mi predecesor. En las paredes, cuatro alcayatas de considerable tamaño podían haber hecho las veces de improvisados percheros. Sobre el catre, colgaba un calendario de hacía varios años. En un rincón, una estufa de hierro advertía de los inclementes cambios de temperatura que experimentaba la estepa entre verano e invierno.

—No se ha tocado nada, por si pudiera encontrar usted alguna cosa que reutilizar —explicó el cabo—. Aquí

el suministro es escaso y tratamos de aprovechar cuanto podemos.

Removí el contenido de la caja con la punta de la fusta. Aparte de ropa y calzado, había cartas, fotografías de familia, una biblia, una edición bilingüe de la *Ilíada*, algún otro libro...

—¿Cómo no se lo llevó consigo el teniente? —pregunté.

El cabo teatralizó un desconcierto que, recién llegado a La Zanja, no supe interpretar.

—Hay recuerdos personales —insistí—. Quizás los olvidó. Se le deberían hacer llegar a su nuevo destino.

—¿Cómo, mi alférez? —replicó el cabo en un tono que enseguida comprendí que era de sorna—. El teniente Kraus se tiró a La Zanja.

Sentí que el bochorno me teñía de sangre las mejillas; pero estaba muy cansado y, aunque me habría gustado pedirle explicaciones o, simplemente, cambiar de conversación para disimular mi embarazo, no acerté a reaccionar.

—Puede retirarse —me limité a decirle, mientras me desabotonaba nerviosamente la guerrera.

Era apenas media tarde, y dormí un sueño sin sueños hasta el amanecer del día siguiente, cuando me despertó algún ruido en el almacén, justo antes de que sonara un lejano toque de diana.